



María Isabel Álvarez

**Recuerdos de un compromiso con la educación y la
democracia**

Juan Miguel Batalloso Navas
Lunes, 01 de enero de 2007

«...En términos humanistas, el conocimiento implica una unidad constante entre la acción y la reflexión en torno a la realidad. Tal como nuestra presencia en el mundo, nuestra conciencia transforma el conocimiento, actuando sobre él y pensando acerca de lo que nos permite alcanzar el estado de reflexión. Ésta es precisamente la razón por la cual debemos tomar nuestra presencia en el mundo como el centro de nuestro análisis crítico. Al volver sobre nuestras experiencias previas, captamos el conocimiento de las mismas...»

PAULO FREIRE

Era un miércoles del mes febrero de 1975 y como todas las tardes de cualquier día escolar, no había nada en el exterior especialmente sorprendente que hiciera cambiar la rutina con la que el Colegio "María Ana de la Calle" de El Coronil normalmente funcionaba.

Se trataba de un Colegio de finales del franquismo que conservaba algunos símbolos y tradiciones de un nacionalcatolicismo tardío y en el que se respiraba ese rancio clima, mezcla de miedo, obediencia y de una práctica escolar a base de grandes dosis de explicaciones magistrales, ejercicios kilométricos y evaluaciones de exámenes con calificaciones de precisión centesimal, que es la que todavía sigue siendo dominante en la gran mayoría de nuestras instituciones educativas.

Curiosamente era un edificio extraordinariamente nuevo y moderno conforme a las estrenadas exigencias pedagógicas que la Ley General de Educación de 1970 había puesto en marcha. Sus aulas estaban preparadas para todo tipo de trabajos en pequeño, mediano y gran grupo, e incluso al estar unidas unas con otras por puertas correderas, permitían la comunicación, el intercambio de tareas entre profesores y trabajos comunes y convergentes al margen del grado o nivel que cada alumno tuviese. Eran otros tiempos y ahora eso lo han bautizado con la llamada "atención a la diversidad", de la que no sabemos todavía bien si es "atención" o "diversidad" o ninguna de las dos cosas.

Sin embargo aquella tarde sucedió algo que me dejó perplejo y con una cierta expectativa de que a pesar de estar en un Colegio de tradición franquista, algo novedoso podía suceder al día siguiente, porque al fin y al cabo aquel magnífico edificio escolar de unas instalaciones auténticamente modernas y útiles, estaba al servicio de un maravilloso y entrañable pueblo que respetaba enormemente a sus maestros y maestras. Un pueblo que tenía también, clandestinamente, una vida social intensa, inquieta y muy comprometida con el cambio social y político que tuve la oportunidad de conocer y en la que participé en alguna medida, aunque sus auténticos protagonistas eran unos jóvenes jornaleros y estudiantes que iban y venían diariamente al Instituto de Morón y que estaban muy comprometidos y vinculados al naciente movimiento político y reivindicativo que se estaba

gestando, el cual muy poco tiempo después, se convertiría en lo que hemos conocido y conocemos como SOC, el Sindicato de Obreros del Campo.

Doña Sofía, la más entrañable y tierna de las directoras con la que tuve la oportunidad de trabajar; una persona de una generosidad incondicional y cuyo papel era más el de una madre buena y fervorosa que el de una directora burocrática, nos había sorprendido a todos aquella tarde con una breve circular que había que repartir a todo el alumnado. En aquella circular se comunicaba a las familias que el jueves por la tarde no habría clase y que por tanto no mandasen a sus hijos a la Escuela, porque la "Señora Inspectora" quería reunir a todo el profesorado durante varias horas para hablarles y hacer planes conforme a las nuevas Leyes Educativas y los Decretos que las desarrollaban.

Ahora tal vez no podamos comprender cómo en aquellos años trabajábamos con clases de 40 o 45 alumnos, clases que en Educación Infantil podían ser de 55 e incluso de 60. Eran tiempos en los que los niños y niñas de aquel pueblo y de aquella comarca tenían que marcharse por temporadas a trabajar en las campañas del algodón, la vendimia o sencillamente irse con sus padres a donde hiciera falta para que lo acumulado en dos o tres meses de trabajo a destajo, les sirviera para irse bandeando a lo largo de todo el año. Ahora sin embargo, en nuestros Centros vivimos tiempos complejos en los que si nos falta el cañón para el ordenador portátil o la conexión de Internet no está lista, parece ser que no se puede enseñar, pero eso es otra historia que dejaremos para otro día.

Llegó el jueves y puntualmente Antonio, el conserje y mantenedor del Colegio, una persona muy trabajadora y servicial, hizo sonar el timbre a las tres de la tarde para que todos acudiésemos a la sala de profesores y allí nos encontramos a Doña Sofía y a Doña María Isabel Álvarez, "La Señora Inspectora", ambas presidiendo una gran mesa de reuniones, alrededor de la cual nos fuimos sentando todo el profesorado.

Para situarnos, en aquella época de la que distan más de treinta años, tal vez sea necesario aclarar que eran tiempos en los que los Directores, al ser de un Cuerpo profesional diferente, tenían un poder bastante importante y representaban una autoridad, que como todas las autoridades de los pequeños y medianos pueblos, mantenían generalmente excelentes y frecuentes relaciones con el Alcalde, el Párroco y los cargos políticos de aquel Movimiento Nacional que ya estaba en proceso de extinción. Y no digamos un Inspector, cuya figura no solamente ejercía el poder de expedientar y sancionar aplicando unas leyes surgidas de una dictadura, sino cuya influencia tenía un peso enorme en el profesorado. Por eso ciertamente, todos estábamos si no asustados, al menos con una curiosidad mezcla de sorpresa, incertidumbre e incluso de temor.

Nunca he olvidado que a mi amigo y compañero Curro, con el que mantenía una complicidad que iba más allá de lo escolar, le cuchicheé: *"veremos ésta que habla tan fino nos tiene preparado, porque como se entere de que andamos metidos en líos sindicales lo mismo nos mete un paquete que nos deja tiesos para una temporada"*.

Mi desconfianza, antes de comenzar a oírla era total, entre otras cosas porque los dos o tres inspectores que había conocido con anterioridad no eran más que unos burócratas que les daba igual la pedagogía, los alumnos y la calamitosa situación en que la que nos encontrábamos los maestros. Todavía recuerdo a una inspectora, que al año siguiente de marcharme de El Coronil, llegó a decirme textualmente en una reunión Claustro que *"El Claustro de Profesores no era el lugar para hablar ni para debatir sobre Educación ni sobre Pedagogía"*.

Sin embargo, cuando María Isabel, la "Señora Inspectora", aquella mujer de voz melodiosa y calmada, de tono seductor y convincente, de hablar tranquilo y musical y de una apasionada clarividencia que ofrecía argumentos irrefutables comenzó a contarnos lo que entendía ella por educación y de las posibilidades educativas y de cambio que la Ley General de Educación de 1970 tenían, se me *"cayeron todos los palos del sombrero"*, como solemos por aquí decir cuando nos encontramos con algo inesperado ya sea para bien o para mal, o cuando se nos conmueve de alguna manera nuestro corazón, ya sea cuestionando o reforzando esquemas conceptuales o prejuicios que tú tenías como ciertos y seguros.

Recuerdo vivamente que aquella tarde nos tuvo casi cuatro horas reunidos. Ella en primer lugar hizo un turno de presentaciones tomando buena nota en su enorme y grueso cuaderno de quién y que decíamos cada uno, porque previamente nos había preguntado cuales eran nuestras preocupaciones y problemas en el desarrollo de nuestro trabajo en el aula. Y claro, esto a mí me sorprendió muchísimo porque la escasa experiencia anterior que yo había tenido con inspectores había sido de vigilancia para ver si yo cumplía con las leyes y no me dedicada a hacer cosas o actividades educativas extrañas o contrarias a esa enseñanza nacionalcatólica, que aunque ya en periodo de extinción, todavía era dominante en muchos pueblos.

Sin embargo ahora, aquella mujer de voz suave y seductora y por qué no decirlo, de "voz amorosa", lo primero que se le ocurre hacer es escucharnos uno por uno a todas las maestras y maestros que estábamos allí sentados y además colectivamente, para que así quedase bien patente la necesidad de comunicarnos, compartir y unirnos en un proyecto educativo común en el futuro. Ahora cuando han pasado tantos años, no tengo dudas de que no solamente era una estrategia bien meditada para impactarnos y seducirnos, sino sobre todo un medio y un fin para tratar de convencernos de que había que cambiar de principios y de estilos pedagógicos, no porque lo dijeran las leyes, sino porque teníamos que servir más y mejor a nuestros alumnos dándoles siempre lo mejor de nosotros.

Después de más de media hora de presentaciones en la que verdaderamente no sabíamos que decir porque que no confiábamos todavía en ella, algo estaba quedando meridianamente claro en el ambiente, cosa que después el tiempo y su testimonio demostrarían. Ella estaba allí para escucharnos y atendernos, para acompañarnos en nuestro trabajo y ayudarnos en nuestras dificultades, pero sobre todo para hacernos conscientes de que teníamos que apostar por trabajar en equipo y por ir más allá de los

estrechos márgenes de los programas oficiales, arriesgándonos a ser más creativos, críticos e innovadores.

Tras las presentaciones y partiendo de las escasas declaraciones y sugerencias que fuimos aportando cada uno de los profesores, dada la desconfianza y el inédito acontecimiento de escuchar uno a uno a todo el profesorado "dando la cara" y comprometiéndose con ellos, María Isabel comenzó lentamente a desgranar un discurso acerca de los nuevos principios de organización de la nueva Ley de 1970, diciéndonos que lo importante era la humanización de nuestras relaciones como profesionales de la educación, pensando siempre en la satisfacción de las necesidades educativas de todos los miembros de la comunidad, ya fuesen padres, madres, profesorado o alumnado.

La verdad es que aquello me causó un impacto grandísimo y tuve como una especie de confirmación educativo-litúrgica, porque esas mismas palabras que ella nos argumentaba con esa voz tan tiernamente seductora, me recordaban a una profesora que tuve solamente cuatro años antes en la Escuela Normal "Nebrija" de Sevilla, Pilar Vázquez Labourdette, también por desgracia prematuramente fallecida. Una profesora que como María Isabel, repetía insistente y apasionadamente lo mismo: humanización de las relaciones sociales y personales de los miembros de la comunidad educativa; motivación para que cada profesor diera lo mejor de sí mismo y trabajase en aquello que mejor y más le gustaba hacer; trabajo en equipo de profesores y alumnos con métodos activos, creativos y desarrolladores de capacidades; trabajo individual y atención personalizada a todo el alumnado y enseñanza de la participación democrática, el diálogo y la expresión oral, porque la educación según decía María Isabel, no era un acto de llenar recipientes almacenando en nuestra mente las cosas del exterior, sino todo lo contrario, sacar de dentro a fuera todas las posibilidades que cada persona en particular tiene en su interior.

En aquella tarde de febrero de 1975, un año especialmente significativo en el que toma cuerpo y comienzan aglutinarse las ilegales fuerzas políticas de oposición al franquismo y en el que se produce un importantísimo aumento de la represión que termina con los fusilamientos de septiembre, fue cuando María Isabel inició una más de sus andaduras de compromiso social y democrático por y con la educación. Y así transcurrió aquella para mí imborrable reunión animándonos a coordinarnos y trabajar en equipo, a llevar a las familias a la Escuela y hacer que participasen con nosotros en las tareas educativas o a buscar aquello que más motivase o gustase a cada profesor o profesora para que así nos sintiésemos felices en nuestras clases, dando lo mejor de nosotros mismos.

A mí, que tuve la suerte de formarme pedagógicamente en un clima de reforma y cambio social, aquello me pareció inaudito y providencial, porque por fin podríamos tener un aliado en la Administración que impulsase y animase no solamente la innovación y la creatividad educativa, sino la vinculación entre la Escuela y la Comunidad Local. No sólo para hacer participar a las familias en la gestión y el gobierno del Centro, sino para llevarlas expresamente a las aulas para que compartieran con profesores y alumnos su experiencia como personas, sus conocimientos y también su sabiduría.

De aquella reunión que jamás olvidaré, María Isabel supo ofrecernos el compromiso de ir afrontando la tarea de renovarnos y formarnos partiendo de nuestras propias necesidades y de la realidad que vivíamos diariamente en las aulas. Para eso nos propuso un sistema en el que ella se comprometía con nosotros a venir en principio todos los jueves a reunirse con todo el profesorado para poner colectivamente en común los trabajos que habíamos desarrollado en las clases y las dificultades que habíamos encontrado. Trabajos que procedían en gran medida de las propuestas que ella misma nos hacía, todo ello contando con que el alumnado aquella tarde se quedaría en sus casas con el aviso y la autorización de la Inspección.

Es necesario también aclarar, que en aquellos años no había CEPs, ni Departamentos de Orientación, ni EPOEs, ni tantas Direcciones Generales, ni tantos recursos de todo tipo como hay ahora, ni ordenadores, ni mucho menos tantas normativas y decretos. Todo estaba centralizado a través de Madrid, sin embargo gozábamos de una cosa que creo que hemos perdido con el tiempo debido a la exagerada burocracia que tanto criticaba María Isabel: curiosamente sin libertades sociales, gozábamos de una importante autonomía y precisamente la autonomía es uno de los pilares de la profesionalidad del profesorado, como también ella nos ha dicho tantas veces.

Lo tengo que decir, a pesar de que algunos de los que lean esto piensen que no viene al caso, pero para honrar su persona, su profesionalidad y su inquebrantable lucha contra la burocracia y la rutina pedagógica, que aquella situación de 1975 trae ahora a mi memoria, hoy suceden cosas increíbles que me inducen a pensar que realmente hemos avanzado poco aunque en muchos de nuestros Colegios haya ordenadores portátiles de última generación a disposición de alumnos y profesores.

¿Cómo es posible que en un Instituto de nuestra provincia, otra inspectora prohíba al profesorado entregar las evaluaciones y mantener entrevistas con las familias el último día de las clases argumentando que se pierden horas lectivas? ¿Es que acaso hacer tutoría y orientación familiar no es hora lectiva? ¿Tan miopes son los administradores públicos de la educación al no ver que siendo inflexibles con la letra de la norma, matan con ello el espíritu de la Ley? Pero lo cierto era que a María Isabel le importaba poco asumir riesgos y ser flexible con las normas con tal de que la educación, el servicio educativo de calidad al alumnado y la formación del profesorado en un clima de humanismo y motivación estuviesen integrados en un proyecto colectivo, compartido y comprometido con la comunidad y las familias. Y es bueno tener en cuenta de que en aquellos años, no teníamos que escribir tantos Planes de Centro, Proyectos Curriculares, Memorias y toda esa aburrida carga burocrática que duerme en los cajones de las Jefaturas de Estudios de los Centros y se amontonan en los despachos de la Inspección.

Aquel plan de reunirse todas las semanas después de dos o tres meses comenzó a espaciarse y ya las reuniones se hacían quincenales y básicamente consistían siempre en tres cosas. Primero un turno para que todo el profesorado hablase de sus dificultades y sugerencias dando cuenta colectiva de los compromisos y trabajos llevados a cabo en las

aulas. Segundo, observaciones y propuestas que María Isabel reformulaba a partir de lo escuchado y de lo que ya cada equipo de profesores iba trabajando y finalmente compromisos para la siguiente reunión, en la que nadie se escapaba y todos teníamos que “dar la cara” diciendo lo que habíamos hecho.

De esta manera colectiva, reuniéndonos con mucha frecuencia, compartiendo nuestra tarea en las aulas, e incluso criticándonos unos a otros, surgieron los más bonitos y hermosos proyectos que en aquel Colegio jamás se habían conocido anteriormente, y todo fue porque María Isabel, “La Señora Inspectora” de la que desconfiábamos al principio:

1. Cambió por completo la enseñanza de la Lengua, eliminando toda esa vieja rutina de gramaticalización y creando actividades innovadoras de Comprensión, Expresión, Composición y Creación, desde la Educación Infantil hasta el 8º de la Educación General Básica. En mi memoria guardo todavía Revistas Escolares; Murales de todo tipo; Exposiciones; Materiales creados y editados por los propios profesores; Dazibaos o grandes murales en los que el alumnado expresaba sus críticas, aplausos y propuestas; las imprentillas de gelatina; la correspondencia escolar y los textos libres de la Pedagogía Freinet y todo un abigarrado conjunto de actividades que años después se fueron formulando en unos libros de texto excepcionales que ella misma realizaba y coordinaba con el sobrenombre de Blanca de Los Ríos.
2. Estimuló la innovación de la enseñanza de las Matemáticas aplicando todo lo más educativo que había en aquel momento, pero sobre todo estimulando la actividad y el protagonismo del alumnado, porque el objetivo según ella era "*desarrollar capacidades de razonamiento*" más que hacer rutinariamente cálculos que no tenían aplicación en la vida real.
3. Revolucionó la enseñanza de las Ciencias Sociales, tanto en la 2ª Etapa de la EGB, en la que los propios alumnos hacían trabajos de investigación, como en la 1ª Etapa, apostando fuerte por llevar gente de la calle a la Escuela. Nunca olvidaré que en aquel año 1975 tuve el atrevimiento de llevar a los representantes de los por aquel entonces "ilegales" sindicatos de los jornaleros al Colegio con el fin de que explicasen a mis alumnos los problemas del campo y las alternativas de solución y fue la propia María Isabel la que no solamente me animó a hacerlo, sino que incluso me acompañó en una de sus intervenciones.
4. Se creó la primera Asociación de Padres de Alumnos gracias a su empeño e iniciativa, lo cual supuso mucho esfuerzo y quebraderos de cabeza dadas las dificultades y el caciquismo todavía reinante en aquellos pueblos, caciquismo y fascismo que causó mucho sufrimiento a aquellos jornaleros que luchaban por su dignidad y por su trabajo, pero también a los profesores que como yo nos complicábamos la vida en esas luchas sociales y educativas. Pero fue María Isabel la auténtica artífice de la Asociación y puedo asegurar que iba al pueblo bien entrada la tarde para asistir a las reuniones previas de constitución, como a las primeras Asambleas plenarios que en los primeros tiempos se celebraban. para después volverse ya de noche a Sevilla.

Podría decir con toda seguridad porque tuve el privilegio de asistir a su primer año de trabajo en Sevilla, que María Isabel era un auténtico torbellino de iniciativas, propuestas y compromiso educativo, pero sin esas ansiedades y dogmatismos a las que muchas veces nos tienen acostumbrados los que se creen asesores iluminados o doctores de la pedagogía y nos reparten folletos y cuadernos de fichas elegantes que después no se llevan a la práctica. Hacía teoría sí, pero jamás encontré nada en su discurso que no estuviese basado en su reflexión sobre la práctica o que no tuviese una aplicación real que diese respuesta a una necesidad educativa concreta.

Recuerdo tiernamente muchas cosas, entre otras esa manera de pararse conmigo en las clases, de compartir codo a codo el trabajo con mis alumnos y pasar por ejemplo casi toda una mañana para conocerlos, para orientarme en mi trabajo, para señalarme mis aciertos y para corregirme mis errores. Jamás pude oír de su boca una riña, una amenaza, un gesto de indiferencia o un recordatorio de la Ley, como desafortunadamente he oído después de otros inspectores.

Ella integraba en sus convicciones y en su práctica eso que llamamos coherencia educativa: eso de perseguir objetivos con métodos y prácticas coherentes. Por eso sabía muy bien que no se podía educar en y para la democracia leyendo libros de Ciencias Sociales o haciendo exámenes, sino que para ello había que hacer asambleas de clase, trabajos en grupo, debates colectivos y actividades de crítica y autocrítica, reuniones de profesores y asociaciones de padres de alumnos.

María Isabel en aquellos tiempos fue en realidad un agente de promoción y educación democrática y mucho más que eso: una persona fuertemente comprometida con los valores democráticos de convivencia, con la ciudadanía y fuerzas políticas de oposición a la dictadura, de lo cual no solamente nos dio prueba en sus intervenciones en el Colegio "María Ana de la Calle", si no también en la ayuda personal que personalmente me prestó y que me permitió salir ileso de un conflicto que podía haberme costado el puesto de trabajo.

En realidad ella lo conocía todo de mí, sabía de mis andanzas sindicales y políticas y estaba bien informada de lo que hacía en mis clases. Recuerdo que años después me contaba que Doña Sofía, la directora del Colegio, la llamaba muchas veces por teléfono porque estaba asustada por las "cosas raras" que hacía en las clases un profesor que le parecía que "estaba loco": asambleas de alumnos y padres; llevar a los dirigentes sindicales; hacer fiestas para los niños y niñas que volvían de la recogida del algodón; enseñarlos a analizar la realidad social y hacer discursos y panfletos reivindicativos y un sinnúmero de actividades educativas que lo mismo iban desde poner todas las canciones de Jarcha y estudiar sus letras, o cantar a viva voz las letras de Víctor Jara o de Juan Manuel Serrat. Sin embargo ella la tranquilizaba y le decía: *"Déjelo Doña Sofía que aunque este chico es impulsivo e ingenuo, lo que hace es muy educativo y ya verá como no tiene ningún problema con él"*.

Pero aquellos tiempos eran tiempos de grandes sueños y los grandes sueños solamente pueden alcanzarse a partir del riesgo que asumimos cada día. Y en aquella situación, no solamente imprimíamos clandestinamente y con todo secreto en la multicopista del Colegio los panfletos de las nacientes Comisiones Obreras de la Enseñanza y todos los comunicados para el movimiento reivindicativo y asambleario de los maestros y maestras que daría lugar después a aquellas famosas Coordinadoras y Asambleas de Centro y que finalmente terminarían con el nacimiento de los actuales Sindicatos de la Enseñanza, sino que además también caía algún que otro papelillo sobre la también naciente Junta Democrática de España de El Coronil a la que tuve la oportunidad de contribuir a su nacimiento.

Pero todo eso María Isabel lo sabía, lo conocía y lo apoyaba discretamente, no solamente porque yo llegué a decirle mi militancia y compromiso, sino porque desde el Colegio le informaban y sin embargo ella se hacía la sorda y con la dulzura que la caracterizaba me decía: "*Juan, lo que tengas que hacer hazlo, pero no seas ingenuo ni imprudente*".

Transcurría aquel tiempo de lucha por las libertades democráticas y en mi corazón llevo cuando aquella noche del 20 de noviembre de 1975 mi compañero Curro llamó de madrugada a la ventana de mi casa para comunicarme la gran noticia: que por fin el dictador había muerto y en plena calle nos pusimos a dar voces de alegría, alegría que a la mañana siguiente se contrarrestó con toda la parafernalia de órdenes, carteles, declaraciones para rendir homenaje a un personaje que trajo muerte, sufrimiento y desolación para la gran mayoría de los españoles.

Aquel día o en los días siguientes a tan significativa fecha me dieron una mala noticia: un grupo de padres de alumnos estaba recogiendo firmas para echarme del pueblo porque según pude comprobar después me acusaban de ser comunista y hacer política en la Escuela y efectivamente me quedé bastante asustado.

Algunos padres de alumnos que estaban muy preocupados porque me acusaban de que hacía política en la Escuela, cuando la Educación es esencialmente política, pusieron en marcha toda una estrategia para librarse de lo que consideraban eran profesores molestos como yo, padres que estaban de alguna manera informados por algunos profesores locales que sabían de mis opciones. Llegaron hasta el final y con secreto y alevosía mandaron un escrito a la "Señora Inspectora" con el fin de expulsarme del pueblo, pero cuando María Isabel recibió ese escrito paralizó de inmediato sus pretensiones.

Con toda celeridad, al día siguiente día se trasladó a El Coronil con Pepe Garcia Calvo, su por entonces compañero, que conocí por vez primera en aquella ocasión, pero que años después sería también mi profesor y amigo, y los dos al unísono, no solamente me tranquilizaron, sino que me animaron, apoyaron e incluso me felicitaron para seguir adelante, pero sin dejar de darme algunos buenos consejos para no complicar más las cosas de lo que ya estaban.

De aquella reunión en la que María Isabel me salvó de un expediente que me hubiese traído graves complicaciones, surgió de ellos una propuesta que tampoco olvidaré en toda mi vida: me invitaron a realizar un Curso de Directores que ya estaba en marcha y que estaba dirigido solamente a Directores Escolares, pero que aunque yo no fuese director, debería ir porque me gustaría mucho y eso podría tener mucha importancia profesional para mí.

Ahora que lo veo a la distancia de treinta años, se lo agradezco todavía muchísimo más y la reverencio con todo el cariño del que soy capaz, sobre todo porque yo solamente tenía 23 años y una cortísima experiencia vital y escolar que me impedía ser lo suficientemente sagaz como para darme cuenta de que *“en todas partes cuecen habas”* y que cuando menos te lo esperas puedes tener adversarios que quieran realmente molestarte.

La verdad es que no sé si me invitaron para quitarme un poco del ajetreo sociopolítico en el que estaba metido en el curso 1975-1976 o porque apostaban por mi formación en el sentido de que podría seguir por otras sendas educativas, pero lo cierto fue que a partir de aquel Curso que recibí de María Isabel y de Pepe García Calvo, decidí definitivamente ponerme a estudiar Pedagogía gracias a su ánimo, aunque el empujón definitivo me lo dio mi buen amigo Antonio, personas a las que realmente debo haber seguido estudiando.

¿Cómo no voy a agradecer todo lo que María Isabel hizo por mí? ¿Cómo no voy a dar testimonio de que no fue solamente conmigo con quien María Isabel se comportó así, con una generosidad sin límites y con una dulzura que cautivaba a todos los que la escuchaban?

Así podría seguir y seguir, de cómo ayudaba a los trabajadores a sacar su Graduado Escolar, de cómo nos estimulaba a leer y a innovar, de cómo nos escuchaba, de cómo se desvivía en definitiva por la Educación y de cómo nos provocaba para ensayar nuevos métodos, para hacer nuevas actividades y para no tener miedo a los errores ni al cumplimiento de la oficialidad del programa, porque lo real y auténticamente importante para ella era el desarrollo personal y comunitario, pero sobre todo la Educación como proyecto cultural y social al mismo tiempo.

Pasaron aquellos años y los testimonios que María Isabel me siguió ofreciendo de su compromiso incondicional y altruista con la educación y la ciudadanía continuaron, y así llegó el 1977, el año en que me trasladé a Camas. Aquel año era todo diferente porque ya estaban legalizados todos los partidos políticos y el movimiento ciudadano tenía una fuerza y una cohesión enorme. Pues María Isabel, a mi petición de que participase en varias Jornadas de Educación que organizamos en la Asociación de Vecinos “Cal y Barro”, se comprometió a venir dos o tres años a dar charlas y a dialogar de educación con los vecinos y vecinas de los diferentes barrios de mi ciudad. Un esfuerzo que surtió unos efectos muy especiales en la fuerza de lo que llamábamos entonces Comisión de Enseñanza de la Asociación de Vecinos y que nos ayudó a dinamizar y animar la creación de todo el

movimiento de Asociaciones de Padres de Alumnos de Camas. Tiempos además en los que el trabajo social, educativo y comunitario era totalmente altruista, voluntario y solidario.

A partir de estas fechas perdí el contacto con ella, hasta que en los años 80 me ofreció participar en un invento que junto a Pepe García Calvo y Antonio García Tena, otros dos grandes inspectores desgraciadamente fallecidos que apostaron por una Educación de nuevo tipo, estaban montando. Un invento que me sonaba muy raro y que denominaron “Congreso de Educación” y con el que pretendíamos sentar las bases de lo que podría haber sido un Proyecto Educativo, Cultural y Social que hubiese aglutinado e integrado toda la extraordinaria creatividad e innovación educativa y cultural que en aquellos años se estaba desarrollando en la provincia de Sevilla en todas las Escuelas de EGB.

Para ello nos reuníamos quincenalmente para reflexionar sobre textos y para diseñar acciones que nos condujesen a la creación de un Movimiento Social de carácter educativo y cultural en el que se integrase toda la riqueza y valores que la realidad social, económica, cultural, política, geográfica, histórica y desde todas las dimensiones podrían aportarse a la Educación que se hacía en las Escuelas. Porque en realidad todos pensábamos que la escolarización y la creciente burocratización que se estaba poniendo en marcha por el flamante gobierno del PSOE, estaba matando el potencial de creatividad social y cultural colectiva que no solamente se desarrollaba en los Centros, sino también en las Asociaciones de Vecinos y en las novedosas iniciativas que los nuevos Ayuntamientos Democráticos estaban protagonizando.

Pero lo cierto fue que aquel sueño de crear un Movimiento Socioeducativo que culminase en un Congreso Permanente de Educación dirigido a integrar todos los valores culturales de las diferentes dimensiones de la realidad en las instituciones educativas y sociales fracasó, o lo hicieron fracasar, porque ya el interés político dominante era el de consolidar una democracia representativa a base de una especie de despotismo neolustrado, que definitivamente acabaría por desarticular todo el extraordinario movimiento social de aquellos años y por funcionarizar, burocratizar y curricularizar la educación, matando en gran medida todo el potencial de sueños, riesgos y apuestas por la creatividad y la unidad entre lo educativo y lo social.

Tendría muchísimas cosas más que contar de ella y de todo lo que me enseñó pero hay algo que me gustaría señalar de su figura personal como educadora que mucha gente no lo sabe y aunque pertenece a su esfera privada, creo que merece la pena ser contado.

En el libro de La Ley General de Educación de 1970 en el que estudió para las Oposiciones de Inspección de 1974, hay un gran subrayado en rojo hecho por ella que dice: *«Se trata en última instancia de construir un sistema educativo permanente no concebido como criba selectiva de los alumnos, sino capaz de desarrollar hasta el máximo la capacidad de todos y cada uno de los españoles»* Y en esa misma página encontré un pequeño calendario de 1974 en el que hay unas enfermeras cuidando a unos pacientes y debajo un letrero que dice *«En cuanto creí que había un Dios, comprendí que no podía hacer otra cosa*

que vivir para Él» lo cual me indica que aunque María Isabel era una incansable defensora y promotora de la Escuela Pública Laica y Democrática, era al mismo tiempo una persona profundamente espiritual y de convicciones religiosas.

Por eso desde aquí no solamente rindo mi modesto homenaje a una maestra de maestras y maestros, a una educadora excepcional, a una entrañable amiga, sino que pido a todas las personas que trabajaron con ella que ofrezcan y regalen sus testimonios para que podamos ayudar a reconstruir todo lo que ella nos legó.

Gracias María Isabel por haberme enseñado tanto.

Juan Miguel Batalloso Navas

Camas (Sevilla) a 1 de enero de 2007

